

dole el primer lugar en ellas. Mirábanle todos, y admirábanse de verle.

Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzó D. Quijote la voz y dijo: «— Entre los pecados mayores que los hombres
5 cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagrado, ateniéndome á lo que suele decirse que de los desagradados está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que
10 tuve uso de razón, y, si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas; y, cuando éstos no bastan, las publico, porque, quien dice y publica las buenas obras que recibe, también las recompensara con otras si pudiera, porque, por la mayor parte, los que reciben son inferiores á los que dan: y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre
15 todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre á las de Dios con igualdad, por infinita distancia; y esta estrechez y cordedad en cierto modo la suple el agradecimiento. Yo, pues, agradecido á la merced que aquí se me ha hecho, no pudiendo corresponder á la misma medida, conteniéndome en los estrechos límites
20 de mi poderío, ofrezco lo que puedo y lo que tengo de mi cosecha;

«...los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes.» (I, 18; — t. II, pág. 80, línea 13.)

«...la comida fué tal como D. Diego había dicho... que la solía dar á sus convidados: limpia, abundante y sabrosa.» (II, 18; — t. IV, pág. 287, línea 22.)

«Finalmente, el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante que podía sustentar á un ejército.» (II, 20; — t. IV, pág. 314, línea 9.)

4. «— Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagrado. — «Como está, ni se expresa bien la idea, ni consta el sentido», dice Clemencín; y señala que el novelista «quiso y debió decir: *El mayor entre los pecados que los hombres cometen*». Á nuestro entender, existe una manifiesta elipsis: «— Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que (el pecado mayor) es la soberbia, yo digo que es el desagrado.»

19. ...conteniéndome en los estrechos límites de mi poderío. — Se lee en la dedicatoria al Duque de Béjar (t. I, pág. 11, línea 2): «...que, no conteniéndose en los límites de su ignorancia»; y en el prólogo á las *Novelas ejemplares*: «... que me contengo mucho en los términos de mi modestia.»

En el primer ejemplo se comprende el *no* que por yerro del impresor dejó de figurar en el texto, y más habiendo escrito Herrera, en la dedicatoria de las *Obras de Garci-Lasso* al Marqués de Ayamonte: «No conteniéndose en los límites de mi ignorancia.» El *contenerse en los estrechos límites, ó términos*, ¿no sería una frase hecha, como la de *echar á galeras*, que se lee en el cap. 6 de la primera parte (t. I, pág. 151, línea 3)?

y, así, digo que sustentaré dos días naturales, en mitad^a de ese^b camino real que va á Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas que aquí están son las más hermosas doncellas y más corteses que hay en el mundo, excetando^c sólo á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos (con paz sea dicho de
5 cuantos y cuantas me escuchan). »

Oyendo lo cual Sancho, que con grande atención le había estado escuchando, dando una gran voz dijo: «— ¿Es posible que haya en el mundo personas que se atrevan á decir y á jurar que este mi

a. ...en mitad. BR., V., BAR., TON. — BOW., RIV., GASP., ARG., BENJ., FK. — b. ...deffe camino. V., BAR., RIV. — ...deffe camino. TON. — c. ...excetado.	C., BR., — ...excetada. BR., BOW. — ...exceptado. V., — ...exceptando. BAR., TON. — ...ecetando. PELL. — ...escetando. RIV.
--	---

1. ...y, así, digo que sustentaré dos días naturales, en mitad de ese camino real que va á Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas que aquí están son las más hermosas doncellas y más corteses que hay en el mundo. — No es esta la primera vez que el valor y la gallardía llevan á D. Quijote al extremo de querer imitar á otros andantes caballeros.

«— Todo el mundo se tenga si todo el mundo no confiesa que no hay, en el mundo todo, doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso» (I, 4; — t. I, pág. 104, línea 6), había dicho ya anteriormente el héroe manchego.

En el pasaje que sirve de epigrafe á esta nota, el verbo *sustentar* está en el significado de «mantener», «defender», etc. Acuértese, el lector, de la nota, que se lee en el cap. 49 de la primera parte (t. III, pág. 329), referente al Paso Honroso, defendido por Suero de Quiñones; recuerde las andanzas hechas por mosén Diego de Valera; y encontrará justa y razonable la proeza que hace el andante manchego.

Clemencín, comentando el presente pasaje, señala ejemplos parecidos al que hace D. Quijote y sostenidos por otros célebres paladines, mencionando el paso de Angriote de Estravaus en el valle de los Pinos, que se lee en el *Amadís de Gaula*; el de Zair en la corte de Trapisonda, que figura en el *Amadís de Grecia*; el de Florinaldos, en *Espejo de príncipes y caballeros*, cerca de Ratisbona; y algunos más.

8. ...dando una gran voz dijo. — Varias veces usa Cervantes las frases *dar grandes voces*, *decir á grandes voces*, etc., en la significación de «gritar», y *oir grandes voces* en la de «oir gritos».

«Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente... y, así como las oyó, dando una gran voz, dijo: «— ¡Válgame Dios! ¿Qué es esto que oigo? ¿Qué voz es esta que ha llegado á mis oídos?»

Volvió la cabeza á *estos gritos* aquella señora.» (I, 36; — t. III, pág. 85, línea 8.)

«Estando en estas y otras muchas razones, llegó un moro corriendo, y dijo á grandes voces que por las bardas ó paredes del jardín habían saltado cuatro turcos.» (I, 41; — t. III, pág. 182, línea 2.)

«Y, en tanto que le hacia esta y otras preguntas, oyeron grandes voces á la puerta de la venta.» (I, 44; — t. III, pág. 238, línea 2.)

señor es loco? Digan vuestras mercedes, señores pastores: ¿hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho? ¿ni hay caballero andante, por más fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido?»

Volvióse D. Quijote á Sancho, y, encendido el rostro y colérico, le dijo: «— ¿Es posible, ¡oh Sancho!, que haya en todo el orbe alguna persona que diga que no eres tonto aforrado de lo mismo, con no sé qué ribetes de malicioso y de bellaco? ¿Quién te mete á ti en mis cosas, y en averiguar si soy discreto ó majadero? Calla y no me repliques, sino ensilla si está desensillado^a Rocinante^b: va-

a. ...desensillado á Rocinante. ARG., BENJ. = b. ...Rocinante y vamos. TOR.

«— ¡Válame Nuestra Señora! — respondió Sancho dando una gran voz. — Y ¿es posible que sea vuestra merced tan duro de cerebro y tan falto de meollo.» (I, 48; — t. III, pág. 313, línea 8.)

Vemos, por el primer ejemplo, que *dar una gran voz* significa, no sólo y exclusivamente «dar un grito», sino «seguir diciendo á gritos una cosa». En el último ejemplo, aquel en el cual Sancho habla con D. Quijote, resulta, á nuestro entender, algo extemporáneo el *dando una gran voz*, al igual que en el pasaje que motiva la presente nota. No habia necesidad de que Sancho se manifestase á gritos ni en uno ni en otro ejemplo: con decir «levantando la voz» ya bastaba.

«...el cual, viéndole llegar, en voz alta le dijo: «— ¡Oh tú, quien quiera que seas, atrevido caballero.» (I, 3; — t. I, pág. 87, línea 18.)

«...pero, con todo esto, viendo en su imaginación lo que no veía ni habia, con voz levantada comenzó á decir: «— Aquel caballero que allí ves.» (I, 18; — t. II, pág. 73, línea 25.)

«...y, así, en viéndole, comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio: «— Este es el lugar, ¡oh cielos!» (I, 25; — t. II, pág. 221, línea 7.)

«...y, después que hubo tomado los votos de aquellos que á D. Quijote conocian, dijo en alta voz:» (I, 45; — t. III, pág. 250, línea 23.)

«...y, pidiendo á Sancho su espada, subió sobre Rocinante y embrazó su adarga, y dijo en alta voz á todos los que presentes estaban:» (I, 52; — t. III, pág. 364, línea 13.)

8. ...aforrado. — El verbo *aforrar* no significa, en este pasaje, poner «forro á una cosa», sino «cubrirla». Lope de Vega, en *Lo cierto por lo dudoso*, escribió:

«Guarnecido de paciencia
Y aforrado en sufrimiento.»

(Acto II, esc. X.)

Y nuestro autor, en la primera parte, cap. 8, dice que «el vizcaino le aguardaba ansimismo levantada la espada y aforrado con su almohada». (Tomo I, pág. 201, línea 5.)

11. ...sino ensilla si está desensillado Rocinante. — Clemencin, con una puntualidad harto cómica, hace saber que «no debía estarlo, porque, segun

mos á poner en efecto mi ofrecimiento, que, con la razón que va de mi parte, puedes dar por vencidos á todos cuantos quisieren contradecirla.» Y, con gran furia y muestras de enojo, se levantó de la silla, dejando admirados á los circunstantes, haciéndoles dudar si le podían tener por loco ó por cuerdo.

Finalmente, habiéndole persuadido que no se pusiese en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues bastaban las que en la historia de sus hechos se referían; con todo esto, salió D. Quijote con su intención, y, puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo y tomando su lanza, se puso en la mitad de un real camino que no lejos del verde prado estaba. Siguióle Sancho sobre su rucio, con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en qué paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento.

Puesto, pues, D. Quijote en mitad del camino, como os he^a dicho, hirió el aire con semejantes palabras: «— ¡Oh vosotros, pasajeros y viandantes, caballeros, escuderos, gente de á pie y de á caballo, que por este camino pasáis^b, ó habéis de pasar en estos dos^c días siguientes!: sabed que D. Quijote de la Mancha, caballero andante, está aquí puesto para defender que á todas las hermosuras y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las ninfas habitadoras destos prados y bosques, dejando á un lado á la señora de mi alma Dulcinea del Toboso. Por eso, el que fuere de parecer contrario, acuda, que aquí le espero!»

Dos veces repitió estas mismas razones^d, y dos veces no fueron oídas de ningún aventurero. Pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor^e, ordenó que de allí á poco^f se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de á caballo, y

a. ...como se ha dicho. A., CL., RIV., GASP., ARG., BENJ., FK. = b. ...y de á caballo, que pasáis. PELL. = ...este camino paséis. RIV., FK. = c. ...estos días siguientes. BR., = d. ...estas mis-

mas razones, aquel día y otro, y dos veces no fueron. ARG., BENJ. = e. ...encaminando de mejor, ordenó que. BR., = f. ...ordenó que el segundo día se descubriese. ARG., BENJ.

habia prevenido D. Quijote á Sancho, era antigua usanza, establecida y guardada de los andantes caballeros, quitar el freno y colgarle del arzon de la silla; pero quitar la silla al caballo ¡guarda! (II, 12).

27. Pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor. — Palabras son estas que manifiestan bien á las claras el humorismo de Cervantes. Decir que las cosas iban de mejor en mejor, y salir con la aventura de los

muchos dellos con lanzas en las manos, caminando, todos apiñados, de tropel y á gran priesa. No los hubieron bien visto los que con D. Quijote estaban, cuando, volviendo las espaldas, se apartaron bien lejos del camino, porque conocieron que si esperaban les podía suceder algún peligro: sólo D. Quijote, con intrépido corazón, se estuvo 5 quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante.

Llegó el tropel de los lanceros, y uno dellos, que venía más delante ^a, á grandes voces comenzó á decir á D. Quijote: « — ¡Apár-

a. ...más adelante. ARG.^{1.º}, BENJ.

oros, es cosa que, en verdad, no puede tomarse en serio; pues, á no ser así, podía haber escrito *que la suerte iba encaminando de peor en peor sus cosas*, ó bien decir, como dijo ya en la primera parte: «...pero la *suerte fatal*, que, según opinión de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo guía, guisa y compone á su modo, ordenó que.» (I, 23; — t. II, pág. 177, línea 8.)

Cervantes escribió, en dos de sus novelas, lo siguiente:

«Y la suerte que de bien en mejor encaminaba los negocios de Loaysa, trujo á aquellas horas, que eran dos despues de la media noche, por la calle á sus amigos.» (*El celoso extremeño.*)

«Pero la suerte, que no sabré decir si mis cosas empeoraba ó mejoraba, ordenó que en ninguna parte donde pensé hallar á D.^a Estefania, la hallase.» (*El casamiento engañoso.*)

7. ...que venía más delante. — Un distinguido académico de la Española, en su afán de corregir el texto del *Don Quijote*, propuso *adelante* en lugar de *delante*, como se lee en casi todas las ediciones. Esta enmienda, hecha por Hartzenbusch, no podemos aceptarla, por cuanto en la primera parte, cap. 47 (t. III, pág. 290, línea 19), se lee: «...por este mismo temor había dicho el cura al canónigo que caminase un poco *delante*.»

La corrección del citado comentador nos trae á la memoria lo que se lee en la más moderna de las ediciones de la sin par novela cervantina: «...y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasión *de delante*» (I, 6); á lo cual escribe el crítico (que no es otro que el académico de la Española y actual Director de la «Biblioteca Nacional», D. Francisco Rodríguez Marín): «En casi todas las ediciones, *y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasión delante*. Sólo en las de Mayáns (1738), Hartzenbusch y Benjumea, se añadió el *de*, que á todas luces falta y que se había omitido mecánicamente como sílaba igual á otra inmediata.»

Comenzaremos diciendo que en la edición madrileña de 1730 aparece *de delante*, y que *delante*, y no *de delante*, se lee en los siguientes textos cervantinos:

«Quitense *delante* los que dijeron que las letras hacen ventaja á las armas.» (*Don Quijote*, I, 37; — t. III, pág. 110, línea 21.)

«...y si por esto no lo mereciere, merézcalo á lo menos por haber seguido algunos las vencedoras banderas de aquel sol de la milicia que ayer nos quitó el cielo *delante* de los ojos.» (*La Galatea*. — Dedicatoria.)

«Si haré, señor, respondió Constanza, que así se llamaba la doncella; y haciendo una reverencia á su amo, se les quitó *delante*.» (*La ilustre fregona.*)

tate ^a, hombre del diablo, del camino, que te harán pedazos estos toros!

— ¡Ea, canalla! — respondió D. Quijote. — Para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los más bravos que cría Jarama en sus riberas. Confesad, malandrines, así á carga cerrada, que es verdad 5 lo que yo aquí he publicado: si no, conmigo sois en batalla.»

No tuvo lugar de responder el vaquero, ni D. Quijote le tuvo de desviarse aunque quisiera ^b; y, así, el tropel de los toros bravos y

a. Apártete. BR.^{1.º}. — b. ...quefiera. BR.^{1.º}.

Y aun hemos de manifestar que un aventajado discípulo del Sr. Rodríguez Marín, el Sr. D. Agustín G. de Amezá, en la edición crítica del *Coloquio de los perros* (Madrid, 1912; pág. 345), magistral estudio premiado por la Real Academia Española, lee: «Dime tanta priesa á huir y á quitarme *delante* de sus ojos.»

4. ...de los más bravos que cría Jarama. — La fama de los toros criados en la ribera del Jarama fué cantada por Lope de Vega en la *Arcadia* (lib. V), como han indicado anteriores comentadores. Nosotros señalaremos, no solamente un pasaje de Liñán de Rianza publicado por nuestro sabio amigo Bonilla San Martín en *Anales de la Literatura española*, sino algunas citas más que se leen en nuestros clásicos.

«En tanto, Elisa, que el cielo — con apacible rocío
Anime la humilde grama — y escarche los altos pinos:
En tanto que de Xarama — cerriles y mal rregidos
Riñan y bramen celosos — por sus vacas los nouillos.»

(LIÑÁN DE RIAZA.)

«En este tiempo la suerte — á la postrera le llama,
Porque sale un bravo toro — famoso entre la manada,
No de la orilla del Betis, — ni Genil, ni Guadiana,
Fue nacido en la ribera — del celebrado Jarama:
Bayo el color encendido, — y los ojos como brasa,
Arrugados frente y cuello, — la frente hermosa y ancha,
Poco distantes los cuernos — corta pierna y flaca anca,
Espacioso el fuerte cuello, — á quien se junta la barba;
Todos los extremos negros — la cola revuelta y larga,
Duro el lomo, el pecho crespo, — la piel sembrada de manchas;
Harpado llaman al toro — los vaqueros de Jarama
Conocido entre los otros — por la fiereza y la casta.»

(DURÁN. *Romancero*, n.º 45.)

«Alborotoles el juego — la voz que les amenaza,
Que quiere salir un toro — de la inmutable Jarama.»

(DURÁN. *Romancero*, n.º 119.)

«Cuando mas breve que el viento — y mas veloz que cometa,
Del celebrado Jarama — un toro en la plaza sueltan.»

(DURÁN. *Romancero*, n.º 151.)

el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que á encerrar los llevaban á un lugar donde otro día habían de correrse, pasaron sobre D. Quijote y sobre Sancho, Roci-

2. ...donde otro día habían de correrse. — La hermosa y típica fiesta de toros data, al decir de unos, de la época en que España estuvo dominada por el poderío árabe, y, según otros, es reminiscencia de las fiestas circenses del pueblo romano.

Las corridas de toros que vemos hoy en nada pueden compararse á las que se celebraban en época de Cervantes: diferéncianse mucho éstas de aquéllas. Argote de Molina, en su *Discurso sobre el libro de la montería* (cap. 38), escribe:

«El correr y montear toros en coso es costumbre en España de tiempo antiquísimo, y hay antiguas instituciones anuales, por votos de ciudades, de fiestas ofrescidas por vitorias habidas contra infieles en días señalados. Es la mas apacible fiesta que en España se usa: tanto, que sin ella ninguna se tiene por regocijo, y con mucha razon, por la variedad de acontecimientos que en ella hay. Traen los toros del campo juntamente con las vacas á la ciudad, con gente de á caballo, con garrochones, que son lanzas con púas de fierro en el fin dellas, y enciérranlos en un sitio apartado en la plaza donde se han de correr; y dejando dentro dél los toros, vuelven las vacas al campo; y del sitio donde estan encerrados sacan uno á uno á la plaza, que está cercada de palenques, donde los corren gente de pie y caballo; á veces, acometiéndolos la gente de á caballo con las garrochas, y andando en torno dellos en caracol, los hacen acudir á una y otra parte; otras veces, echándoles la gente de á pie garrochas pequeñas, y al tiempo que arremeten echándoles capas á los ojos los detienen. Y últimamente sueltan alanos, que, haciendo presa en ellos, los cansan y rinden. — En el Andalucía, en la ciudad de Baeza, se acostumbra por los mancebos de una villa á ella subjecta, llamada Vilchez, esperar en la plaza al toro un escuadron de piqueros, y al tiempo que el toro embiste en ellos, lo levantan por el aire sobre las picas, y le tienden en la plaza muerto, que es suerte de mucha destreza, á cuya forma de regocijo llaman la suiza.»

Y en el capítulo siguiente se lee:

«Gran gentileza española es salir un caballero al coso contra un toro, y derribarlo muerto de una lanzada, con tanta desenvoltura y aire como lo usaron, en el Andalucía, D. Pero Ponce de Leon, hijo del Marques de Zahara, y en Castilla, D. Diego Ramirez, caballero principal de Madrid, y como lo usan hoy muchos caballeros, que, por la confusion que causa el tratar de los presentes, lo reservo para otro lugar donde ninguno se ofenda. Dos diferencias ponen en esta destreza: una llaman rostro á rostro, y otra dicen al estribo. Rostro á rostro es cuando la postura del caballero hace la herida en el toro, en el lado izquierdo, por la disposicion de la postura, que en tal caso sale el toro huyendo por la parte contraria de donde lo lastiman, haciendo fuerza el caballero en el toro, desviando los pechos de la puntería que el toro trae. Y á esta causa echa el toro por delante de su caballo, que es la suerte mas peligrosa de todas las que se pueden ofrecer, y por esto la mas estimada. La que se aguarda al estribo es sólo un movimiento de la postura del caballo y del caballero, que la venida que hace, es sacar la cara del caballo de la del toro, haciendo la herida en el lado derecho del toro; de suerte que la fuerza quel caballero pone en la lanza, y la que el toro trae con su furia, hacen salir

nante y el rucio, dando con todos ellos en tierra, echándoles ^a á rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado D. Quijote,

a. ...echándole á. C., BR., V., V., A., PELL., CL., RIV., GASP., ARG., BAR., TON., BOW. — ...echándolos á. MAL., BENJ., FK.

al toro por el lado derecho, y el caballero por el izquierdo, desviándose el uno al otro, y á esta causa es menos peligrosa.»

Y ya que esta nota va dedicada á las corridas de toros, alegre y pintoresco espectáculo en el cual la galantería y el amor dábanse la mano, no podemos resistir el deseo de trasladar aquí el romance de Gazul, hermosa descripción de una de esas fiestas ricas en color y valentía:

«Estando toda la corte — de Abdili, rey de Granada,
Haciendo una rica fiesta, — habiendo hecho la zambra,
Por respecto de unas bodas — de gran nombradía y fama,
Por lo cual se corren toros — en la plaza Vivarambla;
Estando corriendo un toro, — que su bravura espantaba,
Se presentó un caballero — sobre un caballo en la plaza,
Con una marlota verde, — de damasco vandeada;
El capellar de lo mismo — muestra color de esperanza.
Plumas verdes, y el bonete — parece de una esmeralda.
Seis criados van con él, — que le sirven y acompañan,
Vestidos tambien de verde, — porque su señor lo manda;
Como aquel que en sus amores — esperanza lleva larga.
Un rejon fuerte y agudo, — cada criado llevaba;
De color negro eran todos — y vandeados de plata.
Conocen al caballero — por su presencia bizarra,
Que era el muy fuerte Gazul, — caballero de gran fama.
El cual con gentil donaire — se puso en medio la plaza,
Con un rejon en la mano, — que á algun Marte semejava,
Y con ánimo invencible — al fuerte toro aguardaba:
El toro cuando le vido — al cielo tierra arrojaba
Con las manos y los pies, — ¡cosa que gran temor daba!
Y despues con gran braveza — hácia el caballo arrancaba,
Por herirle con sus cuernos, — que como alesnas llevaba:
Mas el valiente Gazul — su caballo bien guardaba,
Porque con el rejon duro — con destreza no pensaba
Al bravo toro heria — por entre espalda y espalda.
El toro muy mal herido, — con sangre la tierra baña,
Quedando en ella rendido, — su bravura aniquilada.
La corte toda se admira — en ver aquella hazaña.
Y dicen que el caballero — es de fuerza aventajada,
El cual, corridos los toros, — el coso desembaraza,
Haciéndole al rey mesura, — y á Lindaraja su dama:
Lo mismo hizo á la reina, — y á las damas que alli estaban.»

(DURÁN. *Romancero*, n.º 46.)

1. ...echándoles á rodar por el suelo. — En la *editio princeps* se lee *echándole á rodar*, y la siguieron Valencia (1616), Barcelona (1617), Bruselas (1616, 1662 y 1671), Ámberes (1697), Londres (1738); habiendo visto también la lección de 1615 en las ediciones impresas en Barcelona (1704), Ámberes (1719), Ma-

aporrado el rucio, y no muy católico Rocinante; pero, en fin, se^a levantaron todos. Y D. Quijote, á gran priesa, tropezando aquí y cayendo allí, comenzó á correr tras la vacada, diciendo á^b voces:
 « — ¡Deteneos y esperad, canalla malandrina, que un solo caballero
 5 os espera, el cual no tiene condición ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye^c hacerle la puente de plata! »

Pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron más caso de sus amenazas que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á D. Quijote, y, más enojado que vengado,
 10 se sentó en el camino, esperando á que Sancho^d, Rocinante y el rucio llegasen. Llegaron, volvieron á subir amo y mozo, y, sin volver á despedirse de la Arcadia fingida ó contrahecha (y con más vergüenza que gusto), siguieron su camino.

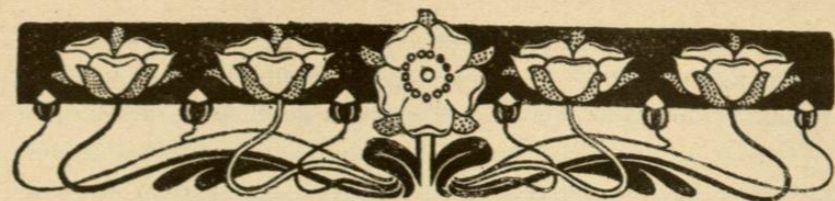
a. ...se le levantaron. C.₄, BR.₄. — huya. BR.₅. — d. ...Sancho Panza, Rocinante. V.₃, BAR.

b. ...á grandes voces. TON. = e. ...que

drid (1730) y La Haya (1744). La Real Academia Española, en su edición de 1780, imprimió *echándolos á rodar*, enmienda que hemos visto aceptada por todas las demás ediciones posteriores que cotejamos, y aun muchas más que no se mencionan para no hacer interminable la lista.

La lección que seguimos nosotros la hemos tomado de un ejemplar impreso en Madrid en 1750 (edición hecha á costa de Juan de San Martín). Opinamos que Cervantes escribiría *echándoles*, y que el cajista descuidóse de poner la letra final.

1. ...pero, en fin, se levantaron todos. — En la primera edición se lee «en fin, se le levantaron», lo cual es un error manifiesto del cajista, que repitió el *le* de la palabra *levantaron*.



CAPÍTULO LIX

Donde se cuenta del^a extraordinario suceso (que se puede tener por aventura) que le sucedió á D. Quijote

AL polvo y al cansancio que D. Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros socorrió una fuente clara y limpia
 5 que entre una fresca arboleda hallaron, en el margen de la cual, dejando libres, sin jáquima y freno, al rucio y á Rocinante, los dos asendereados, amo y mozo, se sentaron. Acudió Sancho á la repos-

a. Donde se cuentan el extraordinario. | dinario. A.₁, PELL., CL., RIV., GASP., V.₃, BAR. — Donde se cuenta el extraor- | ARG.₁, BENJ., FK.

Línea 2. Donde se cuenta del extraordinario suceso (que se puede tener por aventura). — El suceso no es otro que el haber llegado á manos de Cervantes el libro de Avellaneda. No comprendemos como el distinguido cervantista D. Francisco M.^a Tubino escribiese que nuestro autor «trazaba con gallarda pluma el capítulo cincuenta y uno de la segunda parte de sus proezas (de las de *Don Quijote*) cuando, expirante el año de 1614, llegaba á manos del egregio escritor la continuación que un anónimo pretendía dar al parto peregrino de su privilegiado entendimiento». (*Cervantes y el «Quijote»*.)

Ni en el capítulo que menciona tan eximio crítico, ni en los siguientes, hasta llegar al que comentamos, se deja ver el más pequeño indicio de que Cervantes tuviera conocimiento del *pseudo Quijote*; pues, á tenerlo, no habria pasado en silencio lo que fustiga y satiriza á partir del presente.

7. ...dejando libres, sin jáquima y freno, al rucio y á Rocinante. — La definición del vocablo *jáquima* nos la da D. Juan de Valdés, en su *Diálogo de las Lenguas*, de un modo claro y conciso: «Unos dicen *jáquima* y *cabestro*, porque *jáquima* es lo que se pone en la cabeza.» Que *jáquima* es el cabestro ó ramal que se ata á la cabeza de la caballería para llevarla y guiarla, nos lo declara también Sancho, quien, al presentar la Trifaldi el caballo *Clavileño*, que ha-